

mediano y grande, lados rectos o convexos y base escotada; raspadores espesos y pequeños; molinos de contorno irregular con manos de diversos tipos. Como elemento definitorio del contexto, existen dos tipos de ganchos de propulsor; no existe alfarería, salvo una pieza de barro semicocido; industria del hueso sumamente variada. *Intihuasi III*; este complejo es difícil definir, nos dice el autor, pues se encuentran más o menos mezclados los elementos de *Intihuasi II* y *IV*. *Intihuasi IV*; características: puntas lanceoladas o almendradas; raspadores grandes trabajados en cuarzo y de forma circular; molinos planos irregulares; adornos circulares; núcleos facetados, láminas planas; escasos perforadores de hueso.

Se desea ratificar la calidad en un todo completa de este trabajo de investigación, pues se consigna los lugares arqueológicos próximos a Intahuasi, seguido de los contextos, secuencias y correlaciones, no sólo de la misma sino también de la comparación estratigráfica con sitios como Ongamira, Ayampitín, Yacimiento del Observatorio Astronómico (Córdoba), Candonga, etc.

Finaliza la obra con abundante material gráfico, amplia bibliografía y dos Apéndices.

En otro artículo de la misma revista titulado *Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenida por el método de radiocarbono* (pp. 303-331), el doctor Alberto Rex González sintetiza los nuevos fechados realizados por el análisis radiocarbónico y la utilidad de crear un sistema de fichaje especial para los datos obtenidos en nuestro país. Hacemos votos para que tal iniciativa sea coronada por el éxito, lo mismo que la ansiada instalación de un laboratorio de C 14 en el Museo de La Plata (en curso de gestión por el Dr. González).

PABLO SACCHERO

STRUBE ERDMANN, León (S.V.D.): *Vialidad imperial de los Incas*. Universidad Nacional de Córdoba, Instituto de Estudios Americanistas. Serie Histórica, N° 23. 113 pp., 7 mapas. Córdoba, 1963.

La red de caminos que constituyó la verdadera armazón geo-política del Imperio de los Incas ha sido objeto de menciones laudatorias, rastreos documentales y reconstrucciones sobre base geográfica, y de un solo estudio arqueológico más o menos intensivo aunque parcial y circunscripto al área peruana —el de la expedición de V. von Hagen en 1956, a la que Strube califica de "misión gacetera con ribetes de *bluff*" (p. 6)—. Es decir, no se ha encarado de manera sistemática un estudio *de campo* con metodología moderna de dichas reliquias y sus elementos asociados (tambos, posadas, sitios ceremoniales, puentes).

El libro del P. León Strube Erdmann no sólo viene a llenar una necesidad en cuanto puesta al día de nuestros conocimientos sobre

el tema, sino que proporciona un útil punto de partida para dicho tipo de investigaciones. Su necesidad lo recalca el mismo autor al expresar el deseo de que la legislación protectora alcance plenamente a los caminos incaicos, y que "los arqueólogos nacionales elaboren cartas topo y corográficas con indicación de trozos y tramos y demás restos imperiales" (p. 4), basado esto último —agregaríamos— en una minuciosa documentación arqueológica. El autor es un estudioso ampliamente conocido, habiendo actuado largos años en Argentina, Chile y otros países, girando sus investigaciones sobre temas etnohistóricos y lingüísticos. Como antecedente del presente trabajo podemos mencionar el presentado al Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro (1941) "Los Pucarás del N.O. argentino son de filiación Incaica", y "La ruta de Don Diego de Almagro en su viaje de exploración a Chile" (en Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, Homenaje a Pablo Cabrera, Córdoba, 1958). En este último se hace una vívida reconstrucción del primer recorrido hispánico en el Noroeste argentino y sus crueldades y sufrimientos a lo largo del "camino real", con cruce a Chile por el inhóspito paso del Portillo al sur del Ojos del Salado.

Los capítulos (ninguno demasiado largo) son los siguientes: Ojeada histórico-literaria; Nociones fitogeográficas del Tahuantinsuyo; Definiciones de los caminos incaicos (útil es recordar que "los Incas construían caminos para peatones y llamas y no para caballos y mulas" (p. 13); siguen luego los dedicados al análisis geográfico de la red caminera incaica: extremo Norte; Perú austral; el Altiplano andino; el desierto de Atacama; oriente de Bolivia y N. O. argentino; zona cuyana y Chile central. La documentación, reunida a base de citas de cronistas, *probanzas* e itinerario de expediciones, así como de observaciones modernas, es sin duda la más completa reunida hasta la fecha. No se descuida la toponimia, pero sin dársele carácter de criterio básico para la reconstrucción de las arterias como lo había hecho el Ing. N. Alurralde en su trabajo —meritorio por lo demás— "El sistema de caminos incaicos en el territorio argentino" (La Ingeniería, t. 52, N° 884, Buenos Aires, 1948). No hay sino que tener en cuenta que un lugar puede ser denominado "tambería" por los lugareños, tratándose sin embargo de una ruina preincaica (o "para-incaica") como por ej. Angualasto. Acertada resulta la inclusión de capítulos complementarios sobre aspectos funcionalmente asociados a los caminos: los Tambos (albergues con depósitos, arsenales, temporalmente cuarteles, a veces también depósitos fiscales); distintos de los *corpahuasi* o meras posadas y de los *chaskibuasi* que eran las chozas situadas aproximadamente cada 4 km. a lo largo de los caminos principales, en donde una pareja de *chaskis* aguardaba la llegada de algún mensajero para continuar de inmediato su transmisión. Los Puentes: los distintos tipos —algunos admirable obra de ingeniería— y ubicación de los conocidos. Los Chaskis y sus refugios (ya mencionados); su formación y capacidad pedestre. Hay un apéndice al capítulo sobre el N. O. argentino, donde se transcriben diversos textos y documentos; y otro con comentarios a partes del libro de von Hagen

"Los caminos del Sol" (1958), valorando sus aportes positivos y señalando algunas inexactitudes y omisiones. Amplia bibliografía cierra este estimulante trabajo. La cartografía se nos antoja algo esquemática, en especial la del mapa que abarca el área chileno-argentina.

Finalizaremos con algunas observaciones de detalle. Problema básico es éste: ¿todos los caminos existentes y utilizados durante la época imperial cuzqueña pueden ser calificados de "caminos incaicos"? Sabemos (como lo dice también el autor) de la existencia de una red de caminos en el reino Chimú, luego englobada en la incaica. El conocimiento creciente de las culturas andinas preincaicas y sus amplias vinculaciones dan razón a observaciones como ésta: "El llamado "Camino del Inca"; en Chile, habría sido ya una vía importante de comunicaciones entre los pueblos, siglos antes del advenimiento de los Incas. Habrá que atribuir a estos últimos las mejoras técnicas de la ruta en sus trazados y la organización más perfecta de su servicio" (H. Hornkohl: *Los petroglifos de la finca de Chañaral, provincia de Atacama, Chile*. Boletín del Museo Nacional de Historia Natural, t. XXV, 1951, pp. 112-113). Debería pues diferenciarse, dentro del conjunto de caminos existentes, los que fueron construidos *ad hoc* por la autoridad imperial —fácilmente reconocibles en las partes conservadas por su tendencia rectilínea y orientación en lo posible cardinal— jalonados de tambos cuyo carácter de tales la arqueología en muchos casos aún debe confirmar, de otros que preexistieron y coexistieron con aquéllos, de un carácter más local, simples sendas que más que los primeros deben haberse seguido utilizando en la época colonial y aún moderna. Los "caminos incaicos poco documentados" y "probables" del mapa 1 deben en general ser incluidos entre los segundos; constituyen en parte ramas laterales al tramo principal, deducidas por la existencia de una línea de puestos avanzados en los confines de la zona montañosa, más como protección del camino central que como límite del área de dominación efectiva. (El carácter de esta última en el territorio argentino aún no está bien aclarado). Tales puestos existieron en el oriente boliviano y salteño; más al Sur tenemos como tales a los poblados del Pucará del Inca (o del Aconquija), Saujil, Los Sauces cerca de La Rioja y la "Tambería del Inca" de Chilecito; más al Sur hemos explorado la "tambería" del Paso de Lámar que sin duda tuvo el mismo carácter: poco más al N. O. el camino principal se interna desde Guandacol a las hoy inhóspitas serranías del Gualcamayo, para dirigirse luego hacia el Sur a lo largo de la Sierra del Volcán. No hay trazos del mismo en la zona de Huaco y Jáchal, como cree Strube siguiendo probablemente la deducción de Alurralde (p. 52), y en el gran yacimiento de Pachimoco casi no hay influencias incaicas. Tampoco las hemos observado en el valle del alto río Jáchal (Angualasto-Majimán). La "ausencia de pucarás en las tierras de los Warpes" se debe menos al "blando carácter de esta raza" (p. 35) que al hecho de que hubo una *coexistencia pacífica*: aquí sólo interesó a los incas asegurarse el camino a Chile, que fue trazado lejos de las poblaciones existentes en los "barreales" de la zona. Es probable, en cambio, que un ramal

cordillerano remontase el río del Valle del Cura desde su confluencia con el Blanco (donde existe una tambería que será explorada próximamente por este Instituto), para seguir por el río de las Taguas y cruzar a Chile por el Paso Valeriano, en el cual conocemos la existencia de otra tambería. Varios otros pasos muestran haber sido utilizados en la época incaica (como acertadamente lo supone el autor en la p. 57), todos asociados a tamberías en una región hoy totalmente inhóspita y deshabitada; además de los pasos del Inca y del de los Bañitos señalados por Strube, tenemos el de los Tambos al sur de aquél, el ya citado del Valeriano al pie del Cerro El Toro, el de la Deidad y el de las Tórtolas al pie del cerro homónimo. También por el paso de las Ojotas cerca del Mercedario debió pasar una senda precolombina: conocemos unas "pircas indias" en las faldas de ese gigante andino. En cuanto a una posible ruta incaica al Sur de Mendoza (p. 55), no conocemos ningún indicio, y no hay influencias arqueológicas directas de aquéllos en la zona del antiguo Valle de Uco. La escasa toponimia peruana en Neuquén, si realmente lo es, pudo llegar a través del Araucano. Las "grandes ruinas indeterminadas" de Malargüe —que Canals Frau creyera un Kalasasaya— no están asociadas a elementos arqueológicos, y según documentación histórica se trata de corrales construidos hace unos 80 años.

El libro del P. Strube cumple sin duda con su propósito de estímulo para ampliar zonalmente las investigaciones. Hay mucho por hacer, en especial en el ámbito cronológico-cultural y en el estudio de las manifestaciones religiosas asociadas a las rutas y sendas (círculos de piedra, apachetas, petroglifos, ofrendatorios de alta montaña). Pero el panorama histórico general y los conceptos orientadores están dados.

JUAN SCHOBINGER

SERRANO, Antonio: *Introducción al arte indígena del Noroeste Argentino*. Cuaderno N° 1 de la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Tucumán. 46 págs., 12 figuras y 14 láminas fuera de texto. Salta, 1961.

El presente trabajo del profesor Antonio Serrano constituye un nuevo enfoque para el conocimiento de las culturas del Noroeste Argentino, encarado no precisamente desde el punto de vista estrictamente arqueológico, por cuanto no nos trae ninguna nueva aportación en este sentido, sino atendiendo más bien a darnos una interpretación del material arqueológico ya muy conocido de la región, desde el punto de vista estético. El trabajo que comentamos constituye en gran medida una especulación teórica sobre problemas de estética referidos al arte indígena, sosteniendo que para captar su ideal de belleza o los móviles que lo llevan a su creación, es necesario conocer otros motivos extraestéticos para que la creación artística de estos pueblos primitivos nos resulte agradable y a la vez comprensible. Enfocado el problema desde